

**Política y Sociedad**

ISSN: 1130-8001

ISSN-e: 1988-3129

<http://dx.doi.org/10.5209/poso.63160>EDICIONES
COMPLUTENSE

Debatiendo la naturaleza de la sociedad civil: una aproximación desde la teoría de campos de Bourdieu

Costán Sequeiros Bruna ¹ y Héctor Puente Bienvenido ²

Recibido: 07-02-2019 / Aceptado: 05-05-2020

Resumen. En el presente artículo abordamos la definición de un espacio útil para el estudio y el debate en torno a la sociedad civil. Para ello, planteamos las cuestiones que quedan abiertas en las teorías clásicas y proponemos como respuesta el uso de la teoría de campos de Pierre Bourdieu como medio de construir un entorno donde las distintas teorías puedan ser puestas en relación. Esta aproximación resulta útil porque sirve para unir muchas de las divergencias (como la diferencia entre macrosociológico y microsociológico), así como para poner en relación de un modo más nítido varios de los elementos que otras teorías habían manejado de manera ambigua.

Palabras clave: sociedad civil; Pierre Bourdieu; actores; campo; capital; *habitus*; teoría sociológica; debate; movimientos sociales; ong.

[en] Debating on the Nature of Civil Society: An Approach from Bourdieu's Field

Abstract. In this paper we focus on the definition of a useful space for the study and debate surrounding civil society. For that, we discuss the issues that have remained open in classical theories and propose as an answer to them the use of Pierre Bourdieu's field theory as a way to build a space in which the different theories can be put into discussion. This approach is useful as it serves as a way to bridge many of the classical divergences (like the difference between macrosociological and microsociological) as well as serving to put into discussion in a clear manner many of the elements that other theories had handled in an ambiguous way.

Keywords: civil society; Pierre Bourdieu; actors; field; capital; *habitus*; sociological theory; debate; social movements; ngos.

Cómo citar: Sequeiros Bruna, C. y H. Puente Bienvenido (2020): "Debatiendo la naturaleza de la sociedad civil: una aproximación desde la teoría de campos de Bourdieu", *Política y Sociedad*, 57(2), pp. 479-498.

Sumario. 1. Introducción. 2. Debate clásico. 3. Campo. 4. Capital. 5. Actores. 6. *Habitus*. 7. Conclusiones. 8. Bibliografía.

¹ Universidad Complutense de Madrid (España).

E-mail: costansb@gmail.com

² Universidad Francisco de Vitoria (España).

E-mail: hector.puente@ufv.es

1. Introducción

La sociedad civil ha ocupado una parte del análisis sociológico de los últimos siglos con encendidos debates en torno a problemáticas como su naturaleza, los actores que la componen, su alcance estatal o supraestatal, los enfoques estructurales frente a las perspectivas microsociológicas, etc.

Aunque las numerosas teorías respecto a la sociedad civil ofrecen distintas respuestas a dichos interrogantes, no ha surgido un espacio que permita poner todas las aportaciones en común y tratar de generar un consenso; para conseguirlo, más que proceder a la imposición de un modelo, es necesario construir un marco que permita dialogar entre los distintos enfoques.

Empleando la teoría de campos de Pierre Bourdieu, proponemos una aproximación a las problemáticas planteadas, y abogamos por una perspectiva que permita vertebrar enfoques diversos y parciales, que operan de una manera imbricada. Se ofrece una respuesta metodológica que potencia y pone en valor la coexistencia de ambas visiones mediante la creación de sinergias teórico-aplicadas.

2. Debate clásico

La visión liberal tradicional, cuyos orígenes se pueden rastrear hasta Locke (1689), presenta a la sociedad civil como la defensa organizada e institucionalizada de los derechos individuales frente a la intrusión del Estado. Es su respuesta a la visión del Estado como garante de la seguridad individual (Hobbes, 1651), y estableciéndose el *leviathan* como metáfora del ente que detenta gran capacidad coercitiva como único medio de sortear que todo hombre sea un lobo para los demás. Es una teoría básicamente confrontacional, de oposición al Estado y defensa del espacio individual.

En esta oposición, el liberalismo buscó compartimentalizar la sociedad en diversos espacios independientes (economía, política, sociedad civil...) como modo de garantizar la libertad en su interior (Walzer, 1984). Entienden que la sociedad civil incluye al mercado, donde personas libres negocian la compra/venta de bienes, y es un intermediario entre la familia (consumidores) y el Estado. El mercado actuaría como garante del bienestar ciudadano a través de la mano invisible de Adam Smith (1776).

Tocqueville (2002) defiende otra aproximación, al abordarla como el proceso de autogobierno de los asuntos que surgen en la vida social de la gente, por la ciudadanía organizada autónomamente con respecto al Estado. Es una visión vinculada a su experiencia norteamericana, y considera que es fundamental un sistema político democrático. A diferencia de Locke, enfatiza el papel de la sociedad civil como complementaria e interdependiente del Estado: requiere de su protección institucional y a cambio potencia las políticas democráticas al dotar de autonomía a los ciudadanos.

Hegel (2000) desarrolla esta perspectiva desde otro ángulo, cuando define la sociedad civil como las organizaciones y prácticas que se encuentran entre la familia y el Estado (Kumar, 2007). En su teoría, las organizaciones y prácticas son definidas de modo ambiguo y amplio, no hay una concepción relacional entre

elementos. Hay una visión individualista donde cada organización o práctica es por sí misma miembro de la sociedad civil. Considera a la sociedad civil como intermediaria con el Estado, y traza una frontera a su alcance: al encontrarse entre la familia y el Estado, ese es su tamaño máximo. Se convierte así en un conjunto de acciones de los ciudadanos de un país, donde los habitantes se organizan para defender sus intereses colectivos.

Los postulados de Gramsci separan la acción económica y el aparato coercitivo del Estado de lo que considera la sociedad civil (Kumar, 2007; Arato y Cohen, 2000; Esquivel y Chávez, 2011). En su visión marxista, la sociedad civil se convierte en un espacio de confrontación violenta entre las fuerzas hegemónicas de una sociedad, donde se dirimen los conflictos por el dominio social y cultural: la arena para la lucha de clases (Corry, 2006). Depende de la capacidad ciudadana para la organización autónoma pero, como es un espacio intermedio Estado/sociedad, estas organizaciones no son independientes del aparato del gobierno. Es un espacio de cogobierno; en él Estado y ciudadanos pueden debatir, interactuar y negociar. Al constituirse como lugar de confrontación de clases compartido con el Estado, de lucha entre la hegemonía y la contrahegemonía, abre la puerta a la toma del poder y la reforma del mismo desde dentro. Se amplía así el espacio democrático, que pasa de estar circunscrito a las elecciones a incluir un amplio abanico de otras acciones populares legítimas que pueden incidir en las decisiones del Gobierno (Castells, 2005), convirtiéndolo en un espacio de emancipación y subversión (Arato y Cohen, 2000).

Así surge el debate en torno a los integrantes de la sociedad civil, pero se establece su alcance como circunscrito a los Estados democráticos, considerados como imprescindibles en las teorías clásicas (Corry, 2006).

El núcleo de las confrontaciones históricas en torno a la sociedad civil radica en su definición y el espacio social que ocupa. Este choque se volvió notable en la segunda mitad del siglo XX, con el auge del estructuralismo y el funcionalismo, que abogaban por entender la sociedad civil como una estructura de la sociedad general (Parsons, 1969). Esta aproximación permitió dejar de lado la discusión sobre el espacio que ocupa como intermediaria entre Estado y ciudadanía, al considerar todas las funciones sociales como elementos del mismo rango. Sin embargo, era un modelo estático, incapaz de explicar el cambio en un entorno que era especialmente proclive al mismo.

En respuesta, los enfoques microsociológicos (Goffman, 1990; Mead, 1991) estudiaron los procesos e interacciones de grupos específicos, en vez de la gran estructura. Esto generó enfoques más fluidos, pero que al mismo tiempo acabaron cayendo en una especificidad tal que eran incapaces de responder a las cuestiones centrales clásicas, generando teorías de alcance medio y corto como respuesta a las grandes macroteorías estructurales (Jasper, 2012).

Otra debate tiene que ver con el aspecto normativo o civilizatorio de la sociedad civil. Autores como Hegel han incluido la moralidad social dentro de su esfera, como parte central de la idea de “civil” (Alexander, 1994). Kumar (2007) defiende que una de las funciones de la sociedad civil consiste en promover el civismo, la democracia, la igualdad y la tolerancia. Esto implica dividir la sociedad civil entre aquellas organizaciones que promueven esos ideales y las que no, la “buena” y la “mala” sociedad civil en sus términos. Esto impone un juicio moral que enturbia

una definición funcional y científica del término, y complica el hacer un uso adecuado del mismo porque, a menudo, los debates pueden derivarse no en torno a los elementos objetivos que se estudian en la sociedad civil y sus características, sino en debates normativos en torno a lo que debe ser la “buena” sociedad civil y cómo reducir la “mala”. Son las fuerzas civiles y “anticiviles”, que diría Alexander (2007), cuya teoría basada en la solidaridad social encaja en gran medida en esta perspectiva normativa. Esto entra en conflicto con otras perspectivas, en las que la sociedad civil se define como un espacio de conflicto, donde proyectos contrapuestos se enfrentan para imponerse en el discurso social general, y no es un espacio intrínsecamente virtuoso (Dagnino, Olvera y Panfichi, 2006).

Para lidiar con todas estas cuestiones, iremos viendo los distintos elementos de la teoría de Pierre Bourdieu para construir el campo de la sociedad civil.

3. Campo

Para Bourdieu (1989, 2008), un campo es un espacio de relaciones en torno a un capital en disputa. Esto genera un entorno donde se establecen estructuras relacionales basadas en los juegos de poder, según los actores luchan por tomar o mantener posiciones de dominación. Si bien difiere de las teorías elitistas (Bourdieu, 1989), el espacio de poder interno de los campos sirve como mecanismo de estructuración social, al dar un marco de referencia en el que insertar las acciones estratégicas que realizan los actores.

Son espacios estructurados en torno al poder de sus miembros, pero que a su vez estructuran también las relaciones y las acciones que se dan en los mismos, dotándolos de sentido y consistencia. El campo se transforma así en una estructura estructurada y estructurante (Bourdieu, 2008) que sirve como modo de construir las identidades en conflicto del interior y dotar de sentido al mundo que “damos por sentado” (Bourdieu, 1989). Así, esta noción teórica aporta una percepción estructural (*top-down*) que se complementa con las visiones microsociológicas (*bottom-up*) sin privilegiar a unas sobre las otras.

Empezaremos por proponer una definición del campo de la sociedad civil:

“La sociedad civil es el espacio público de acción política de los ciudadanos, al margen de las instituciones políticas (estatales o interestatales) que les gobiernen”.

Esta definición tiene una serie de elementos de importancia. El primero de ellos es que se trata de un espacio unitario, frente a autores que defienden la existencia de múltiples sociedades civiles a partir de distintos grupos, subculturas o intereses (Alexander, 2007). Nosotros lo entendemos como un único campo, donde distintos intereses, grupos y perspectivas entran en conflicto por el dominio.

Es un espacio de acción política público, abierto a la ciudadanía y con elementos importantes de transparencia, visibilidad, publicitación y proyección mediática (Arato y Cohen, 2000). Es un entorno deliberativo que permite el reconocimiento de los actores y temas que se tratan en su interior (Dagnino, 2006), y crea lugares abiertos a la participación y discusión de los integrantes en torno a los temas que les importan (Habermas, 1981).

Segundo: la democracia. Con esta propuesta, la democracia no es un requisito indispensable para la existencia de una sociedad civil, a diferencia de otras perspectivas (Alexander, 1994). La sociedad civil se inserta en la estructura global de campos de una sociedad dada, con los cuales teje relaciones de todo tipo como un espacio propio, ni superior ni subalterno al resto, en línea con las posturas funcionalistas. Contradiendo a algunos clásicos, no existe en el intersticio entre los ciudadanos/mercado/familia y Estado, sino que es un espacio de relaciones de poder propio, con su propia estructura, en igualdad de condiciones con el resto. Esto implica que existe una sociedad civil en sociedades no democráticas, como demuestran casos como Occupy Central en Hong-Kong (Cheng y Chang, 2017); y nos permite entender que existía este campo incluso en sociedades previas a la invención de la democracia, como el Imperio romano.

Por supuesto, el funcionamiento interno del campo no es el mismo en todos esos momentos y lugares. Su estructura concreta depende de cada sociedad, variando el modo en que los poderes se relacionan: la sociedad civil en Hong-Kong no se comporta igual que la de Nueva York. Existen sociedades civiles ilegales en su tiempo y lugar, como los movimientos sociales que llevaron al hundimiento de la URSS (Castells, 2001), dado que es el campo político el que establece la legalidad o no de las distintas dinámicas sociales, pero no puede abolir la existencia de un campo por ilegal que lo declare. No en vano, a menudo las fuerzas “anticiviles” tienen su origen en otras esferas sociales, como los partidos políticos (Alexander, 2007).

Sin duda, es innegable que la democracia y los derechos civiles contribuyen a crear una sociedad civil fuerte e independiente. Aunque no sea un requisito, la sociedad civil en sociedades democráticas suele ser más autónoma y tener mayor capacidad de agencia que en otras sociedades, donde su existencia puede ser motivo de persecución. Y, al mismo tiempo, una sociedad civil fuerte suele consolidar y fortalecer la democracia en la que se asienta (Alexander, 2007; Dagnino *et al.*, 2006).

Tercero, el campo de la sociedad civil es relativamente poco autónomo. La autonomía de cada campo depende del grado de producción hacia el interior frente al grado de relación con la sociedad en general (Amparán, 1998): cuanto más centrado está un campo en sí mismo, más autónomo es. En este sentido, es más independiente el campo científico que el político, el menos independiente de todos; la sociedad civil dedica buena parte de sus esfuerzos a los conflictos internos, pero gran parte de su quehacer se realiza en relación con el resto de la sociedad en general. Esto implica que es muy poroso a las acciones y capitales de otros campos, como las esferas política y económica que autores como Arato y Cohen (1999, 2000) diferencian de la sociedad civil, pero destacan su interrelación y permeabilidad mutua, como muestra el hecho de que numerosos actores operan en varios campos simultáneamente.

Esto viene potenciado por la creciente interdependencia del mundo contemporáneo (Sequeiros, 2015), donde es muy complicado separar ámbitos que cada vez están más interconectados, incluso a escala global. Así, si el campo académico es el más autónomo (Amparán, 1998), se encuentra igualmente vinculado a otros: el económico del que depende mucha de su financiación, los

campos científicos de otras regiones mediante publicaciones *online* y estancias en el extranjero, etc.

A esta porosidad se debe el hecho de que diversas teorías clásicas incluyen distintos actores, o que se describa como un espacio subalterno al Estado. Siendo un espacio propio, no se encuentra vinculado a los territorios estatales, lo que contradice las posturas clásicas al respecto. Ello permite entender la existencia de sociedades civiles en ámbitos más amplios, incluso una sociedad civil global. Así, las distintas agendas políticas estatales ocultan que muchos de los actores de la sociedad civil ya actúan transestadualmente. Emerge así una sociedad civil global que se conecta con las sociedades civiles locales en un entrecruce claramente glocal (Beck, 1998).

Edward Shevardnadse, en 1991, fue el primero en usar el término “sociedad civil global” (Corry, 2006) aunque lo popularizase Kaldor (2005), pero su llegada reciente al vocabulario social denota el crecimiento en conciencia global por parte de los actores de la sociedad civil tradicional. Con el tiempo, los agentes principales de la arena de la sociedad civil son menos estatales (aunque mantengan delegaciones concretas con sus propias particularidades y agendas) y más globales: Amnistía Internacional, el movimiento pacifista..., como han descrito las teorías de la globalización en movimientos sociales (Jasper, 2012). La clave es que los ciudadanos son más conscientes de que lo global afecta a lo local y viceversa.

Si rechazásemos la idea de una sociedad civil global, encontraríamos paradojas como que es imposible definir a Greenpeace como parte de la sociedad civil cuando actúa en aguas internacionales. Por ello, si el papel de la sociedad civil local es cambiar el mundo local y hacer que este responda a sus deseos, la sociedad civil global hace lo mismo a una escala mayor, haciendo gobernable lo global (Bartelson, 2006). Esto abre la puerta a la democratización del campo político global y sus instituciones (Sequeiros, 2015), permitiendo la intervención ciudadana en la toma de decisiones de la ONU y otros organismos, como refleja que en 2018, 5161 ONG tenían presencia consultiva en el interior del ECOSOC (ONU, 2020).

Este choque entre las ideologías globales y locales en el seno de las sociedades civiles fuerza la aparición de valores que cada *statu quo* local resiste, y sirve para potenciar el desarrollo de los valores de la sociedad civil global, como el de la transparencia (Keane, 2009; Arato y Cohen, 2000). Este valor, por ejemplo, se ve potenciado no solo por las filtraciones de WikiLeaks y otros elementos de la democracia de monitorización (Keane, 2009), sino también desde otros ámbitos con capacidad de creación identitaria como los videojuegos (Puente y Sequeiros, 2014) o el desarrollo de las redes sociales para transmitir noticias sin censura. Abre también nuevos espacios a la problematización, como es la cuestión de las *fake news*, creando nuevos conflictos sociales y nuevas cuestiones a responder.

De acuerdo con Kaldor (2005), los actores de la sociedad civil se contactan y coordinan con otros grupos internacionales, planteando reivindicaciones y acciones conjuntas que van más allá del margen de maniobra de los gobiernos nacionales. Kaldor incluso afirma que esto abre posibilidades para superar la guerra como el modo de resolver las disputas globales. En la medida en que la sociedad civil se apoya en redes globales, gana capacidades para desafiar a los Estados individuales usando estas redes de alianzas estratégicas transfronterizas (Walzer, 1992).

Así pues, donde se pueda definir que hay una sociedad, sea a nivel local, estatal o supraestatal, se puede encontrar la existencia de un espacio propio para la sociedad civil. En cierta medida, con este paso nos reencontramos con clásicos como Marx, que consideraba que siendo el capitalismo global, la sociedad civil lo era en igual medida por estar íntimamente relacionada con el mercado (Kumar, 2007).

Retomando a Bourdieu (1989), el espacio de un campo social debe entenderse como un espacio analítico y un espacio real. Distintos actores con atributos compartidos se encontrarían próximos, mientras que agentes que no compartan características se encontrarían distantes, como en un gráfico de clústeres. El campo estructura así las relaciones no solo porque posee su propia estructura de normas y reglas (implícitas y explícitas) de funcionamiento, sino porque además los propios agentes entienden ese espacio y esas relaciones de proximidad/distancia como elementos reales sobre los que estructurar sus propias estrategias y acciones, como las alianzas o las enemistades.

Este es uno de los elementos clave del puente macro-micro, ya que permite entender la red de relaciones y los tipos de actores como estructura que construye el modo en que los agentes interactúan en su interior y, al mismo tiempo, como resultado y producto de las interacciones de esos actores. Toda interacción es más que solo la interacción misma, ya que manifiesta/construye/refleja/es construida por la estructura global del campo (Bourdieu, 1989). Nociones como la clase social, por ejemplo, cobran sentido al estar compuestas estas estructuras por individuos que comparten características, de modo que se pueden observar como un agregado. Igualmente, surgen acciones estructurales que poseen mayor interés para unos actores u otros, en la medida en que ocupen posiciones hegemónicas en el campo o pretendan hacerse con un capital que está en manos de otros, bien siguiendo sus mismas reglas de juego o bien tratando de subvertirlas (Amparán, 1998).

4. Capital

Cada campo se organiza en torno a la posesión de un capital propio (Bourdieu, 1979; Amparán, 1998) y quienes más poseen detentan las posiciones hegemónicas, de dominio. Bourdieu describe diversos tipos de capitales: económico, social, político, cultural, simbólico y autoridad científica (Bourdieu, 1979, 1998; Amparán, 1998: 6), muchos de los cuales operan en más de un campo a la vez, como el capital económico, aunque sean capitales secundarios en otros campos. Nosotros creemos que el capital del campo de la sociedad civil es uno nuevo, híbrido entre el simbólico y el cultural: la legitimidad.

La razón estriba en el objetivo, o interés en términos de Bourdieu, de los agentes del campo. El fin principal es acumular el capital central para hacerse con una posición preeminente, por lo que se constituye como un espacio de conflicto. En el caso de la sociedad civil, el objetivo de los actores es concienciar a la sociedad más amplia de la necesidad de conseguir/evitar ciertos cambios sociales y movilizar a la ciudadanía para luchar por ellos. Sea la lucha por la igualdad de derechos raciales o defender la posesión de armas, la sociedad civil se organiza en

torno a la lucha por establecer cierta respuesta a la pregunta: ¿qué sociedad queremos ser? Por eso, en la definición del campo destacábamos que era un espacio de acción política en el sentido amplio, porque se centra en la construcción de la sociedad como conjunto.

Es un campo ideológico, pero sin que una sea hegemónica; es un espacio de choque de ideologías, donde las distintas perspectivas se contraponen, intentando establecerse como dominantes en la población: el movimiento por la superioridad de la raza blanca contrapuesto con la lucha por la igualdad de derechos de las minorías étnicas, por ejemplo.

Para poder establecer la respuesta hegemónica a esa pregunta, lo principal es ser percibido como una voz legítima, poseedora de verdad. Por eso es el capital central del campo, porque la legitimidad de un actor es la que determina qué capacidad de difusión tiene su mensaje, y qué capacidad tiene para convencer a aquellos que no comparten sus postulados, cambiando así su forma de pensar (uno de los efectos principales del capital cultural, según Bourdieu y Passeron, 2018). Para ello es imprescindible poseer una vasta red de contactos que consideren a ese agente como un actor legítimo y estén dispuestos a tenerlo como interlocutor (usando para ello el capital social).

Al ser un campo estructurado en torno a la discusión política, la lucha interna se realiza en el terreno de lo simbólico, del debate; una lucha simbólica continua entre distintos proyectos políticos de futuro y los intentos de los actores por llevarlos a cabo (Dagnino *et al.*, 2006). La clave es la genuina capacidad de cambiar el punto de vista de una persona, lo cual pone un énfasis en el *soft-power* (Nye, 2004), que mide la capacidad de difusión de las ideas. O, si se prefiere la más compleja categorización del poder de Barnett y Duvall (2005), es un poder centrado en los tipos productivos (la capacidad de generar identidad y comportamiento) y estructural (la capacidad de construir y modificar las instituciones sociales que nos regulan). Este énfasis en el aspecto de conflicto estructural encaja con Alexander (2008), que defiende que no solo es un entorno donde la comunicación ocupa un lugar central, sino que también está destinado a luchar por modificar el Estado en sí mismo.

Y en esto es importante alejarse parcialmente de la visión de Bourdieu, al señalar que el poder sirve preferencialmente como fuerza, no como acumulación. Según Foucault (1978), el poder solo existe si se está ejerciendo. Así, acumular capital, aunque da una posición teórica de preeminencia, sirve de poco si no se ejerce para garantizar esa posición, luchar contra las alternativas y garantizar su reproducción. Aunque Bourdieu (1998) habla de las estrategias en la gestión del capital para conseguir los intereses de los actores, hay que ir más allá al establecer que los capitales no solo se poseen, sino que se ejercen.

En el caso de la legitimidad, su uso es continuo por parte de la sociedad civil, que en todos sus mensajes, campañas, etc. busca usar la que poseen para aumentarla y afectar a la población. Por supuesto, como todo campo poroso, otros capitales juegan también (como el capital económico necesario para financiar actividades), pero son secundarios. En cierta medida, es un reflejo del capital político, que se define como “la capacidad de los políticos para movilizar a los grupos sociales” (Amparán, 1998: 189).

Por ello, se trata de un capital exógeno. Al igual que en democracia el capital político se consolida en los votos, que dependen de la sociedad en general (los votantes) y no de los actores del campo (los políticos), la legitimidad no depende de los agentes de la sociedad civil, sino de cómo son estos percibidos desde el exterior. Por ello, las acciones de todos los actores del campo son igual de legítimas en sí mismas (Alexander, 1994) y deben ser consideradas como parte de la sociedad civil, ya sean del movimiento feminista o de un grupo terrorista (Kaldor, 2005): lo que importa es cómo son percibidas. Por ello, es central para estos actores la acción en la sociedad general: cambiar las percepciones, marcos y formas de entender el mundo (Lakoff, 2007), porque ello cambia la sociedad y lo que se considera legítimo. Así, los valores sociales son distintos antes y después del comienzo del movimiento sufragista, por ejemplo. La dramaturgia de la lucha y el modo en que las disrupciones sociales son escenificadas y construidas como mensajes políticos (Goffman, 1990) se vuelve central, en la medida en que esto construye cómo son enmarcadas e interpretadas (Alexander, 2007; Lakoff, 2007).

Esta dependencia de la sociedad mayoritaria hace que la sociedad civil se organice en modelos *bottom-up* porque, si bien un miembro de la élite económica puede donar mucho dinero a cualquier causa, lo importante no es cambiar su forma individual de ver el mundo, sino la del conjunto. En esta acción de bases se centra la lucha por crear un cambio social, pues la sociedad civil es principalmente un campo de conflicto en contra del *statu quo*. La mayoría de sus actores usan su capital como modo de cambiar la sociedad, lo cual les lleva a menudo a choques con otros campos y sus poderes hegemónicos, desde empresas multinacionales a regímenes políticos.

Este hecho es especialmente importante en democracias, porque la lucha por el poder legítimo y la construcción de identidades tiene un impacto enorme en la configuración del electorado. Cambiando la ideología dominante cambia la agenda política, ya que nuevas demandas son elevadas al sistema político y otras pierden importancia. En respuesta, los partidos políticos deben actualizar sus programas y agendas, reforzando la porosidad de los distintos campos ante las acciones de los demás.

Esto se vuelve más visible cuando una ideología triunfa en el choque contra las demás. Entonces, la sociedad cambia sus instituciones para reflejar esos nuevos equilibrios ideológicos internos. A medida que estos mecanismos alteran la sociedad, se abren nuevas oportunidades políticas (McAdam, 1999) que llevan a modificaciones más profundas, como en un juego de fichas de dominó ideológico que se va extendiendo según caen las piezas. Afectan a más campos y cambian el funcionamiento de la sociedad: primero los afroamericanos vieron reconocida su alma (campo religioso), después se abole la esclavitud y se los reconoce formalmente como ciudadanos (campo legal/político), se permite su entrada en la universidad (campo educativo), etc. De un campo a otro, la sociedad civil va introduciendo cambios en la sociedad en su conjunto, y cada éxito en la reconstrucción de la identidad social abre el camino hacia otros cambios y conflictos en otros ámbitos. Por supuesto estas luchas están lejos de terminar (en contra de lo que dice Fukuyama, 2006), pero los cambios que van introduciendo en los distintos campos sirven como puntos sólidos que afianzan posiciones en los conflictos identitarios de una sociedad. Avances que no solo se ven por medio de

cambios en leyes o instituciones, sino también en las encuestas de opinión y valores, como los World Values Surveys.

Para hacer esto, la lucha por la identidad interfiere directamente en la conciencia de una sociedad (Castells, 2001) y, con ello, en las fuentes de la legitimidad que esta emplea para estabilizarse. Si se amenaza la legitimidad de un sistema político, se abre la puerta al cambio de régimen, pues la deslegitimación de un sistema es uno de los requisitos clave para poder derribarlo (Linz, 1987).

Por ello, a la sociedad civil se la puede denominar “paladín del cambio”, pues este articula su misma existencia. Se convierte en un marco de marcos donde experimentar y poner a prueba las distintas ideas y contrastarlas en un conflicto cruzado (Walzer, 1992) basado en el reconocimiento mutuo y la tolerancia hacia las ideas diferentes, que es imprescindible para todo conflicto ideológico sobre los valores centrales para las personas (Alexander, 2008). Y lo hace en respuesta/oposición al Estado, lo cual contradice la noción de que este es el juez último o “el poseedor del monopolio sobre la violencia simbólica legítima” (Bourdieu, 1998: 10), ya que al final es la sociedad la que determina el funcionamiento tanto del campo político como el de la sociedad civil. Como dice Bourdieu, el poder simbólico es el poder de construcción del mundo, y el poder legítimo que aquí describimos está compuesto en buena medida de poder simbólico.

5. Actores

En cada campo, diversos actores ocupan posiciones estructurales y compiten por lograr la hegemonía. Debido a su naturaleza porosa, muchos son agentes en más de un campo a la vez, y tienen intereses en distintas posiciones estructurales. Por ello, en los numerosos debates clásicos sobre la sociedad civil, los actores que la componen no están consensuados, y se debate la inclusión de las empresas, la familia, etc. De hecho, en la visión tradicional europea (entre 1776 y 1848), los teóricos consideraban el mercado como un elemento constitutivo de la sociedad civil (Keane, 2008), un consenso roto en la actualidad, más centrada en las acciones de los ciudadanos organizados autónomamente (Alexander, 1998).

Para abordar este debate, debemos retomar la definición de campo. De ello, hay que puntualizar dos elementos. Primero: por ciudadanos no nos referimos únicamente a personas físicas, sino también a las organizaciones que esas personas crean. Así, una organización no gubernamental (ONG) es un ciudadano de una sociedad, con deberes y responsabilidades y, por tanto, es uno de los actores del campo. De hecho, para Walzer (1992), el asociacionismo es el centro de la sociedad civil.

Segundo, que el campo de la sociedad civil es de acción política, en contraste con autores como Walzer (1992), que incluyen todo tipo de asociaciones. Aquí entramos de lleno en la cuestión del mercado: las empresas son parte de la sociedad civil cuando están actuando políticamente, no económicamente; cuando actúan por intereses económicos lo están haciendo en el campo económico.

Como ejemplo, Apple en el debate con el FBI en torno al derecho a desbloquear el *iphone* del caso de San Bernardino está actuando como parte de la sociedad civil,

porque sus acciones son políticas: es una cuestión de derechos sobre vigilancia, privacidad, límites de la ley, etc. Por el contrario, al diseñar un nuevo modelo de *iphone*, no actúa como parte de la sociedad civil porque opera dentro de la lógica del mercado, como todo actor del campo económico.

La ambigüedad de los límites de los campos y su porosidad es la razón principal que lleva a las definiciones contradictorias de qué actores forman parte de la sociedad civil. Así, una universidad es parte de la sociedad civil al organizar una manifestación, parte del campo científico al publicar sus investigaciones, parte del campo político al recibir a un candidato electoral para un *meeting*, etc. Los agentes actúan según las reglas y equilibrios de poder de distintos campos cada vez que lo hacen en el interior de uno de ellos, ajustando así la dramaturgia de cada una de sus acciones igual que los individuos cambian sus roles para cada situación (Goffman, 1990).

Este aspecto poroso causa otra dificultad teórica: que sus actores deben ser independientes del Estado/gobierno. Todas las organizaciones que existen en sociedad tienen profundas relaciones con las demás (Arato y Cohen, 2000) y el campo político es parte del entorno más cercano a la sociedad civil. Por ello, trazar las líneas que dividen ambos es complicado (Corry, 2006), imposible (Dagnino *et al.*, 2006) o meramente analítico (Alexander, 2007): ¿una ONG que recibe financiación gubernamental para un proyecto es independiente del Estado? ¿Un *think tank* cercano a un partido político es académico o parte del partido? Esta ambigüedad es central en algunas posiciones teóricas que defienden que no hay una barrera real entre Estado y sociedad civil, sino que son lo mismo y que la diferenciación lo único que hace es ocultar las fuerzas de dominación subyacentes (Saltalamacchia, 2015).

Nosotros creemos que la clave reside en la *accountability* de cada actor. ¿Ante quién responde ese agente? Si el centro principal de su responsabilidad es la ciudadanía, de la que deriva su fuerza motriz, son parte de la sociedad civil; si rinden cuentas ante organismos que no son la ciudadanía (principalmente el Estado), probablemente sea de allí de donde obtienen su fuerza y, por tanto, participan en mayor grado de esos campos. UNICEF, por ejemplo, no sería parte de la sociedad civil debido a que la última autoridad ante la que responde es la ONU, de la que forma parte.

Así, la sociedad civil, el Estado, la economía, etc. están mutuamente interrelacionados y se constituyen parcialmente en las interacciones que establecen entre ellos, sus interdependencias y cruces (Amoore y Langley, 2004); sin embargo, sus actores tienen lógicas diversas cuando actúan en campos distintos, con estructuras y dinámicas diferentes.

Propondremos ahora una clasificación de los tipos ideales de actores de la sociedad civil (aquellos que Bourdieu diría que comparten características en la distribución espacial del campo) y sus lógicas. Este campo está ocupado principalmente por dos tipos de actores, profundamente interrelacionados entre sí. El primero de ellos son los movimientos sociales:

“Conductas colectivas activas, orientadas por un proyecto, que no deben considerarse como respuestas a una situación sino como cuestionamiento de esta. Es propio de los movimientos sociales producir una ideología, es decir, una

representación, conforme a sus objetivos, de la situación en la que están comprometidos” (Jiménez, 2004: 952).

La primera clave es que en los movimientos sociales, la ideología va antes de los objetivos concretos de acción. Existen precisamente para describir un destino al que se quiere llegar, un mundo mejor. Su reino principal es el ideológico.

Junto a esto, hay que destacar que son conductas: ideologías encarnadas en las personas, estén organizadas o no. Un individuo no deja de ser ecologista por estar en casa viendo la televisión, o por no conocer a ningún otro activista; el ecologismo es una faceta inscrita y encarnada en su identidad, cuerpo y subjetividades (Foucault, 1978, 1983) y, a través de ella, condiciona su forma de vivir, actuar y entender el mundo. Suele marcar tan profundamente la identidad de una persona que, en ocasiones, saldrá a la luz incluso en situaciones donde no corresponde, trayendo el *backstage* de una persona directamente al escenario (Goffman, 1990). Al hacerlo, la dramaturgia del momento cambia, y se abre la posibilidad de expandir la ideología del movimiento a interacciones que, al menos inicialmente, le estarían vedadas. Imaginemos un vendedor de muebles vegano que usase siempre ejemplos vegetales cuando ofrece equipamiento para la cocina y quizás, ocasionalmente, surgirían debates en torno a los hábitos alimenticios de sus clientes, lo que serviría para extender la ideología que el vendedor profesa.

Esto no va reñido con que los movimientos sociales tienen muchas ocasiones para mostrarse y hacerse visibles como colectividades, como las manifestaciones. En estas, el movimiento toma cuerpo y sale al exterior a declarar sus ideales y a tratar de concienciar al resto de la sociedad de su validez. Los movimientos generan cambio social a través de *performances* que se proyectan sobre la audiencia exterior, impactando en la conciencia de los que no forman parte del mismo (Alexander, 2007).

Al ser principalmente de naturaleza ideológica, su misión no es obtener fines concretos o cambiar regulaciones específicas. Pueden tratar de hacerlo, pero lo que realmente les importa es luchar por la conciencia de la gente; precisamente porque son ideologías encarnadas, se enfrentan a otros movimientos sociales y otras fuentes ideologizadoras (como la escuela) a la hora de tratar de construir identidades en torno a sus valores.

Por eso, a menudo se los critica erróneamente por su falta de éxitos concretos: el movimiento pacifista no consiguió detener las guerras, por ejemplo. Sin embargo, ha tenido éxito a la hora de concienciar a la gente sobre las implicaciones de la guerra, sus costes, la necesidad de construir soluciones alternativas a la violencia, etc. Este éxito a largo plazo ha condicionado la política exterior de buena parte del mundo; se ve como crecientemente ilegítima la invasión de otro país, y se eleva el coste en aprobación ciudadana por hechos como la vuelta de los fétros de los soldados.

Al no buscar cambios pequeños y concretos, son lentos a la hora de actuar, y requieren muchos años o, incluso, el paso de las generaciones para cambiar la ideología de una sociedad. El movimiento feminista o el que lucha contra la desigualdad racial son ejemplos de combates ideológicos que se enfrentan a una desigualdad tan estructural en la sociedad que cada paso ganado en la conciencia de la gente requiere mucho tiempo y esfuerzo.

Por ello, los movimientos sociales son la base sobre la que actúa la sociedad civil. En cada campo de la sociedad civil hay un único movimiento social de cada tipo (un único movimiento antiglobalización, por ejemplo), aun cuando en su interior haya divergencias y múltiples enfoques sobre la concreción exacta de cómo sería el mundo final al que llegar (como las diversas oleadas del movimiento feminista). Cada uno de estos movimientos lucha o coopera con otros a la hora de tratar de construir identidades nuevas en los ciudadanos.

La segunda pieza del engranaje encaja directamente en el interior de los movimientos sociales y la componen las ONG. Proponemos esta definición para identificarlas:

“Una ONG es un conjunto de ciudadanos organizados en una estructura permanente para alcanzar objetivos concretos, que pueden ir cambiando con el tiempo. Estas organizaciones deben ser parte de la sociedad civil”.

El primer elemento clave de la definición es que se trata de estructuras permanentes compuestas por ciudadanos. Esto abarca cualquier organización externa al Gobierno o sus instituciones, lo cual arroja un conjunto heterogéneo de actores: empresas, universidades, etc. Como corresponde con su diversidad, poseen gran variedad de estrategias, recursos y capacidades (Garred, 2001). Aunque muchas definiciones, como la de la ONU, incluyen que las ONG carecen de intención de lucro, existen ONG con ánimo de lucro (como las empresas).

El otro elemento central de esta definición encaja aquí: forman parte de la sociedad civil. Como esta se define por la acción política, limita las ONG a aquellas estructuras que actúan con fines políticos en alguna instancia, dejando fuera aquellas que están actuando con fines exclusivamente económicos o de otro tipo. Y, al ser parte de la sociedad civil, deben responder todas a los ciudadanos que las apoyan como fuente principal de poder; estos pueden ser los seguidores, voluntarios, accionistas o cualquier otro conjunto civil, siempre y cuando no represente un organismo estatal.

Tercero, al contrario que los movimientos sociales, las ONG están orientadas a conseguir fines concretos. Así, las acciones de una ONG van encaminadas hacia la consecución de los ideales que defienden a través de la lucha por objetivos específicos, como cambiar una ley medioambiental.

Por ello, encajan con los movimientos sociales, formando dos caras de una misma moneda. Cada movimiento social sirve como soporte ideológico a una amplia colección de las ONG, que no necesariamente comparten todos los supuestos y objetivos de las demás pero comparten las posturas y estructuras discursivas generales del movimiento. A cambio, las ONG dotan a los movimientos de la capacidad de acción concreta y focalizada de la que ellos suelen carecer por estar orientados al cambio ideológico. Así, el ideario ecologista dentro de Greenpeace se traduce en una serie de acciones concretas cada año, que pueden ser cambiadas, renovadas o abandonadas para el año siguiente. Por supuesto, las campañas de concienciación pueden ser parte de las acciones de una ONG, incidiendo en la construcción de identidades, pero son campañas específicas durante un tiempo concreto, en lugar de un fenómeno de difusión identitario permanente.

Como no todas las ONG entienden del mismo modo los ideales de un movimiento, las organizaciones concretas que surgen del mismo pueden colaborar o enfrentarse. Esto refleja las diversas corrientes ideológicas que puede haber en el interior de un movimiento social (Jasper, 2012), como demuestra que el *black bloc* crea que hay que llevar adelante una oposición violenta a la globalización económica neoliberal, mientras el resto del movimiento antiglobalización cree en la oposición pacífica (Castells, 2003).

Debido a sus objetivos específicos, las ONG operan con una lógica táctica de la política, en lugar de la visión ideológica de los movimientos. Por ello, importa en gran medida la estructura de oportunidades políticas que surge en una sociedad (McAdam, 1999), así como los equilibrios de poder en las sedes gubernamentales y en la opinión pública, para conseguir que las acciones concretas sean exitosas. Esta visión táctica y su estructura permanente hacen que las ONG sean a menudo las intermediarias de los movimientos sociales con las diversas instituciones. Así, los sindicatos y la patronal negocian las reformas laborales, y WWF/Adena es un interlocutor más accesible que el abstracto movimiento ecologista.

Junto a estos dos tipos de actores principales, están surgiendo otros dos cuyas potencialidades todavía están por aclararse. El primero corresponde a los regímenes autorregulatorios entre ONG que comparten objetivos, que forman una macroasociación para controlarse unos a otros al margen del Estado (Adobor y McMullen, 2013). Esto ocurre especialmente entre empresas de un mismo ramo, que construyen este tipo de mecanismos para regularse a sí mismas y a su competencia, a la vez que avanzan sus agendas e intereses compartidos. El Protocolo de Montreal, por ejemplo, busca reducir los daños que la industria ocasiona a la capa de ozono al limitar o eliminar el uso de clorofluorocarbonos (Adobor y McMullen, 2013).

El segundo es el surgimiento de comunidades virtuales de acción política, sea a través de foros o de plataformas de recolección de firmas *online* como Change.org. El impacto real de los primeros puede ser difícil de medir, pero su potencialidad a la hora de construir mecanismos globales de transmisión horizontal de información, compartiendo estrategias, ideologías y experiencias, puede convertirlos en un lugar importante para el desarrollo de los movimientos sociales y la acción eficaz de las ONG. De igual modo, las plataformas de recolección de firmas para causas pueden convertirse en herramientas útiles de cara a la legitimidad y la capacidad de acción de las ONG, que pueden presionar a los poderes establecidos esgrimiendo en la mano las firmas que representan un apoyo ciudadano barato (comparado con el coste económico que supone una campaña de recolección de firmas). Siendo comunidades epistémicas (Young, 1999), muchas de ellas con muchos miembros, pueden suponer una fuerza creciente también a la hora de enmarcar (Lakoff, 2007) los debates políticos y contribuir a la gestación y elaboración de la agenda política; sirven como medios de construcción identitaria y generación de mecanismos de resistencia y conflicto en diversos entornos, como los videojuegos (Puente y Sequeiros, 2014). Muchos de estos organismos y colectivos han sido la base para la construcción de la democracia de monitorización, que hace que los distintos poderes de la sociedad (especialmente el político) se vean bajo un mayor escrutinio por parte de la sociedad. Estos impactan

en el establecimiento de la agenda, dotan de agencia y conocimientos a los actores de la sociedad civil y llevan a una mayor transparencia (Keane, 2009).

6. *Habitus*

Es el aspecto más microsociológico de la teoría de Bourdieu, pues está dedicado a las estructuras y marcos mentales que cada persona tiene como resultado de su educación y trayectoria vital, haciendo que entienda el mundo de un modo específico (Bourdieu, 1998). Como resultado, el mundo se “da por sentado”, se entiende como evidente y natural. La construcción del *habitus* de los ciudadanos es una empresa colectiva, que genera y refleja las estructuras de los diversos campos de la sociedad en las que esos ciudadanos intervienen (Bourdieu, 1998).

Este proceso se basa en que la historia se hace cuerpo a través de la educación (Capdevielle, 2011), de modo que elementos como la clase social acaban encarnándose en las personas que los viven (Foucault, 1978, 1983). De igual manera, actores abstractos como los movimientos viven unas experiencias históricas fruto de las vidas de sus integrantes, sus interacciones con otros actores del campo, etc., que llevan a que generen un *habitus* colectivo, igual que existen *habitus* de clase (Capdevielle, 2011). En última instancia, el *habitus* es una forma de entender el proceso de construcción identitario que afronta cada actor y que acaba condicionando su vida. El ejemplo anterior sobre el tendero vegano muestra cómo el *habitus* se vierte de un campo a otro porque está encarnado en la persona; es parte integral de su identidad aunque se muestre/oculte según las dramaturgias y roles del momento (Goffman, 1990).

Surge un *habitus* propio de cada persona que al mismo tiempo encaja con aquellas que comparten sus experiencias, a menudo definidas por una posición cercana en los campos sociales (como la clase social). Al mismo tiempo, crea diferencias con los ciudadanos de otras partes del espectro social, fortaleciendo la distinción social dentro de la estructura (Bourdieu, 1979). El resultado es que, desde abajo, se condicionan las estructuras dominantes, debido a que estas no solo estructuran las interacciones, sino que son al mismo tiempo estructuradas por ellas (Bourdieu, 2008).

Sin embargo, el proceso de construcción del *habitus* no es mecánico y deja espacio a la incertidumbre. La variabilidad de experiencias individuales y de posiciones en el campo genera una pluralidad de puntos de vista (Bourdieu, 1998). Esta diversidad estructura la percepción de la sociedad como un entorno intersubjetivo, que se refuerza por el choque de perspectivas, opiniones y debates en su seno.

Uno de los elementos centrales para construir los *habitus* de los ciudadanos es la ideología que profesan y los choques ideológicos que ven en su sociedad; esto entra de lleno en el campo de la sociedad civil. En la medida en que un movimiento puede ayudar a conformar/cambiar los *habitus* de los ciudadanos, puede difundir su mensaje y hacer que este llegue más lejos, generando cambios estructurales en la sociedad. En paralelo, se han construido una serie de *habitus* que se encarnan en valores de los miembros de la sociedad civil, como que es un espacio de acción no

coercitivo (Walzer, 1992) y un entorno diverso y tolerante (Alexander, 2007, sitúa en el centro de su teoría la solidaridad social, basada en esa tolerancia).

Pero para debatir sobre ideología es necesario retomar el debate sobre la “buena sociedad civil”. El mundo es enormemente diverso y es imposible establecer una ideología “correcta” universalmente en el tiempo y espacio sin caer en el etnocentrismo. El resultado es que, si ninguna ideología es correcta por definición, no puede haber una buena o mala sociedad civil. Al contrario, todo agente de la sociedad civil es una fuerza de construcción de identidad y de acción colectiva, en oposición a otras y, mientras respeten las leyes y normas del campo, son formas legítimas de construcción social y actores válidos.

El juez final de cada ideología es la sociedad concreta que recibe los mensajes y debe evaluar cuánto cree que son válidos para su propia identidad y planes de futuro. Esto redundaría en la baja autonomía del campo, ya que la sociedad civil sirve principalmente como arena para la confrontación de conceptos, para la lucha de los ideales y la discusión política colectiva en torno a qué sociedad queremos crear entre todos (Walzer, 1992). Es una arena para la lucha de clases, como decía Gramsci, y un lugar de discusión compartido como defiende Habermas (1981), capaz de oponerse a los intentos de colonización por parte del Estado y del mercado (Keane, 2008), precisamente porque el campo como tal es neutral ideológicamente.

Esto relativiza el imperialismo cultural desde el que a menudo se entiende la sociedad civil. Aunque en Occidente se considere deseable que una sociedad sea democrática, la libertad de expresión, etc., esos valores no pueden ser impuestos como “buenos” sobre sociedades civiles que pueden no estar de acuerdo con su idoneidad. Se puede tratar de convencerles, llevando a que esas sociedades civiles puedan cambiar de signo, pero la imposición nunca ha funcionado (como han demostrado las guerras en Oriente Medio). Si en la caída de la URSS jugó un papel central la sociedad civil soviética (Castells, 2001), es porque esa sociedad había cambiado de valores con el tiempo, no porque el Oeste consiguiera imponerles su modo de vida.

El *habitus* además no funciona únicamente como un set de coordenadas que guía las acciones de los actores, sino que abre posibilidades de acción (Capdevielle, 2011) y construye una serie de normas sociales lingüísticamente mediadas que constituyen, limitan y obligan a los actores, creando acciones válidas e inválidas dentro de la sociedad civil (Keane, 2008). Resulta así un enfoque alternativo y complementario al de la teoría de la agencia (Latour, 1998), ya que permite entender que las agencias compartidas no son fruto de las posiciones de cada actor en la red de la que forma parte, sino que esta red al mismo tiempo resulta una fracción de un espacio mayor, que es el campo como conjunto. Así, el *habitus* dota a los agentes de “sentido práctico” (Bourdieu, 2008; Capdevielle, 2011), que les permite entender los juegos de poder en el campo y actuar en él. Esto les habilita para trazar estrategias para alcanzar sus fines, así como entender y anticipar las acciones de los demás actores. Pero no como lo describe la teoría de la elección racional (Capdevielle, 2011), porque los actores del campo no necesariamente son racionales ni egoístas, y están atravesados por múltiples otras dimensiones como los condicionantes estructurales del campo, las emociones, las percepciones sesgadas de la realidad, etc.

Y esto es de enorme importancia porque los juegos con la percepción y la emotividad son centrales en la capacidad para convencer y articular mensajes que cambien los marcos de referencia de los espectadores (Lakoff, 2007). Así, esta capacidad para actuar sobre las ideologías y percepciones de los ciudadanos a través de mensajes emocionales (como las fotos de animales maltratados) refuerzan las acciones no racionales dentro del campo, dentro de las estrategias diseñadas por los actores para alcanzar sus fines. Y sobre estos valores y emociones se construyen a menudo los símbolos cotidianos que articulan el conocimiento y reconocimiento mutuo de la sociedad civil (Alexander, 1994).

Todo esto revela una paradoja del *habitus* generado desde el campo de la sociedad civil: el hecho de que fomente el cambio y la lucha. Esto se debe a que el *habitus* general es producto en buena medida de la coacción social duradera por parte de las estructuras dominantes para generar identidades que no sean rebeldes (Capdevielle, 2011). Sin embargo, la naturaleza de la sociedad civil es la lucha por crear/evitar cambios, y no se inserta dentro de los *statu quo* de otros campos y sus lógicas estructurales. De modo que, aunque los *habitus* generados desde la sociedad civil son estructuralmente pro *statu quo* en el interior del mismo (una persona feminista no será rebelde contra los postulados feministas), puede ser rompedor cuando se trasplanta a otros campos (como cuando esa persona lucha contra la brecha salarial en una empresa).

7. Conclusiones

Se han realizado numerosas aproximaciones teóricas a la cuestión de la sociedad civil, pero adolecen de limitaciones. Unas no delimitan bien los actores que pertenecen, otras plantean la problemática del Estado, o de un estructuralismo que es incapaz de manejar el cambio. Aproximarse a la sociedad civil desde la perspectiva de Bourdieu nos permite encajar todos esos debates en un mismo marco que abarca desde lo más estructural y macrosociológico, a lo más individual y microsociológico. Esta flexibilidad de sus herramientas es clave para poder insertar todas las teorías y tratar de encajar el modo en que unas y otras se complementan o discrepan, apoyándose en los conceptos centrales de Bourdieu como son el campo, los capitales y el *habitus*.

Desde esta aproximación, la sociedad civil se revela como un espacio de conflicto ideológico e identitario, organizado en torno al capital de la legitimidad. Un capital central a la hora de abordar los procesos de construcción de identidades de la sociedad, configurando un campo muy poco autónomo, que se encuentra en profunda relación con otros campos y con la sociedad.

La razón para ello es que en este mundo intersubjetivo, la lucha por la identidad es el conflicto en torno al futuro que una sociedad desea para sí misma. Ello lleva a que la sociedad civil sea la arena predilecta para los choques en torno al “¿qué queremos ser?” y, por tanto, para el cambio social. Es una pregunta cada vez más amplia a medida que el mundo se globaliza. Lleva al surgimiento de una sociedad civil global que está poniendo en conexión ideas e identidades en lugares muy distintos del mundo, e inicia cambios en sociedades que anteriormente estaban más aisladas.

Al abrirse la arena de la identidad a las grandes variaciones sobre valores que hay en el mundo (donde cuestiones como el papel de la religión han encontrado distintas respuestas), la función de la sociedad civil como creadora de identidades se vuelve central para tratar de buscar los puntos en común que tenemos los ciudadanos del mundo. El futuro del planeta comienza a plantear numerosas cuestiones acuciantes a la humanidad como colectivo (riesgos globales, choques por el poder, recursos finitos, etc.), y la sociedad civil juega un papel clave a la hora de buscar las respuestas; un papel que probablemente no hará más que incrementarse con el paso del tiempo, la mejora y expansión de los medios de comunicación, la globalización y la consolidación de los valores compartidos que lentamente se van gestando, especialmente en torno a los derechos humanos.

La sociedad civil se plantea esos debates y cuestiones y funciona como una arena con múltiples actores que convergen en ese campo para luchar por establecer una posición dominante y, por tanto, que se estructure su respuesta predilecta a cada una de las cuestiones. Así cambian las instituciones, los equilibrios ideológicos y las estructuras cognitivas de los ciudadanos.

Por todo ello, si son los paladines del cambio y el mundo se encuentra en un proceso de cambio acelerado, este es el momento en que su impacto pueda hacerse sentir con más fuerza. Sobre olas de cambio hacia una mayor democratización y transparencia de la política, la sociedad civil está viendo incrementarse su poder y margen de acción y, al hacerlo, está poniendo al sistema en su conjunto bajo una enorme tensión hacia los cambios siguientes. Porque la historia está lejos de llegar a su final y vivimos en una era profundamente ideologizada y conflictiva.

8. Bibliografía

- Adobor, H. y R. McMullen (2013): "Global Governance: the Case of Global Nongovernmental Regimes", *SAM Advanced Management Journal*, 1 (78), pp. 11-25.
<https://doi.org/10.4337/9781783477807>
- Alexander, J.C. (1994): "Las paradojas de la sociedad civil", *Revista Internacional de Filosofía Política*, 4, pp. 73-89.
- Alexander, J. C. (2007): "On the interpretation of the civil sphere: understanding and contention in contemporary social science", *The Sociological Quarterly*, 48, pp. 641-659.
<https://doi.org/10.1111/j.1533-8525.2007.00095.x>
- Alexander, J. C. (2008): "Civil sphere, state, and citizenship: replying to Turner and the fear of enclavement", *Citizenship studies*, 12 (2), pp. 185-194.
- Amoore, L. y P. Langley (2004): "Ambiguities of Global Civil Society", *Review of International Studies*, 30, pp. 89-110.
<https://doi.org/10.1017/S0260210504005844>
- Amparán, A. C. (1998): "La teoría de los campos en Pierre Bourdieu", *Revista Polis*, 1 (1), pp. 179-200.
- Arato, A. y J. Cohen (1999): "La sociedad civil y la teoría social", en Alberto Olvera J. (Coord.), *De la teoría a la realidad*, México DF, El Colegio de México, pp. 83-112.
- Arato, A. y J. Cohen (2000): *Teoría política y sociedad civil*, México DF, FCE.

- Barnett, M. y R. Duvall (2005): "Power in international politics", *International Organization*, 59 (1), pp. 39-75.
<https://doi.org/10.1017/S0020818305050010>
- Bartelson, J. (2006): "Making Sense of Global Civil Society", *European Journal of International Relations*, 12 (3), pp. 371-395.
<https://doi.org/10.1177/1354066106067348>
- Beck, U. (1998): *¿Qué es la Globalización? Falacias del Globalismo, Respuestas a la Globalización*, Barcelona, Paidós.
- Bourdieu, P. (1979): *La distinción. Criterios y bases sociales del gusto*, Taurus, Humanidades.
- Bourdieu, P. (1989): "Social space and symbolic power", *Sociological Theory*, 7 (1), pp. 14-25.
- Bourdieu, P. (2008): *El Sentido Práctico*, Madrid, Siglo XXI.
- Bourdieu, P. y J. C. Passeron (2018): *La reproducción. Elementos para una teoría del sistema educativo*, Madrid, Siglo XXI.
- Capdevielle, J. (2011): "El concepto de habitus: con Bourdieu y contra Bourdieu", *Anduli: Revista Andaluza de Ciencias Sociales*, 10, pp. 31-45.
- Castells, M. (2001): *La Era de la Información vol 3: Fin de Milenio*, Madrid, Alianza.
- Castells, M. (2003): *La Era de la Información vol 2: El Poder de la Identidad* (2ª edición), Madrid, Alianza.
- Castells, M. (2005): "Global Governance and Global Politics", *PS: Political Science & Politics*, 38 (1), pp. 9-16.
<https://doi.org/10.1017/S1049096505055678>
- Cheng, E. y W. Chan (2017): "Explaining spontaneous occupation: antecedents, contingencies and spaces in the Umbrella Movement", *Social Movements Studies*, 2, pp. 222-239.
<https://doi.org/10.1080/14742837.2016.1252667>
- Corry, O. (2006): "Global Civil Society and its Discontents", *Voluntas*, 17, pp. 303-324.
<https://doi.org/10.1007/s11266-006-9025-1>
- Dagnino, E., A. Olvera y A. Panfichi (2006): *La disputa por la construcción democrática en América Latina*, España, Fondo de Cultura Económica.
- Esquivel, E. y C. Chávez (2011): "Sociedad civil. La travesía de una idea política", *Apuntes Electorales: revista del instituto electoral del Estado de México*, 10 (43), pp. 38-41.
- Foucault, M. (1978): *Vigilar y castigar*, Madrid, Siglo XXI.
- Foucault, M. (1983): "The Subject and Power: Beyond Structuralism and Hermeneutics", en Dreyfus H. y P. Rabinow (Ed.), *Beyond Structuralism and Hermeneutics*, Chicago, The University of Chicago Press, pp. 208-226.
- Fukuyama, F. (2006): *The End of History and the Last Man*, Nueva York, Free Press.
- Garred, J. (2001): "NGOs and Transnational Finance", *Global Policy Forum*, Febrero. Accesible en web:
<https://www.globalpolicy.org/component/content/article/176/31314.html>
[Consulta: 22 de septiembre de 2020]
- Goffman, E. (1990): *The Presentation of Self in Everyday Life*, Nueva York, Doubleday.
- Jasper, J. M. (2012): "¿De la estructura a la acción? La teoría de los movimientos sociales después de los grandes paradigmas", *Sociológica*, 75, pp. 7-48.
- Jiménez, G. (2004): "Definición de movimiento social", en: Uña, O. y Hernández, A. *Diccionario de Sociología*, Madrid, ESIC, pp. 952-953.

- Kaldor, M. (2005): *La sociedad civil global: Una respuesta a la guerra*, Barcelona, Tusquets.
- Keane, J. (2008): Once tesis sobre el mercado y la sociedad civil, *Recerca*, 8, pp. 11-25.
- Keane, J. (2009): Monitory democracy and media-saturated societies, *Griffith Review*, 24.
- Kumar, K. (2007): “Global Civil Society”, *European Journal of Sociology*, 48 (3), pp. 413-434.
<http://dx.doi.org/10.1017/S0003975607000422>
- Habermas, J. (1981): *Historia y crítica de la opinión pública*, Barcelona, Gustavo Gili.
- Hegel, G.W. F. (2000): *Filosofía del derecho*, Madrid, Biblioteca Nueva.
- Hobbes, T. (1651): *Leviathan: or the Matter, Form and Power of the Commonwealth Ecclesiastical and Civil*, múltiples ediciones.
- Lakoff, G. (2007): *No Pienses en un Elefante: Lenguaje y Debate Político*, Madrid, Complutense.
- Latour, B. (1998): “La tecnología es la sociedad hecha para que dure”, en Doménech, M. y F. J. Tirado (Ed.), *Sociología simétrica. Ensayos sobre ciencia, tecnología y sociedad*, Barcelona, Gedisa.
- Linz, J. (1987): *La Quiebra de las Democracias*, Madrid, Alianza.
- Locke, J. (1689): *Segundo tratado sobre el gobierno civil. Un ensayo acerca del verdadero origen, alcance y fin del gobierno civil*, múltiples ediciones.
- McAdam, D. (1999): *Movimientos Sociales: Perspectivas Comparadas*, Madrid, Istmo.
- Mead, G. H. (1991): “La génesis del self y el control social”, *Revista española de investigaciones sociológicas*, 55, pp. 165-186.
- Nye, J. (2004): *Soft-power*, Nueva York, Public Affairs.
- ONU (2020): *Web del ECOSOC*, disponible en web:
<https://csonet.org/?menu=100>
 [Consulta: 31 de marzo de 2020]
- Pérez-Díaz, V. (1998): “The Public Sphere and a European Civil Society”, en Alexander, J. (Ed.), *Real Civil Societies: Dilemmas of Institutionalization*, Londres, Sage, pp. 211-238.
- Parsons, T. (1969): *La estructura de la acción social*, Madrid, Ediciones Guadarrama.
- Puente, H. y C. Sequeiros (2014): “Poder y Vigilancia en los Videojuegos”, *Teknokultura*, 11 (2), pp. 405-423.
- Saltalamacchia, H. (2015): “Estado/Sociedad: una Anacronía Regresiva”, *Estudios Sociales del Estado*, 1 (1), pp. 27-57.
- Sequeiros, C. (2015): *Behemoth: la Cuestión del Gobierno de un Mundo Globalizado*, Tesis doctoral inédita, Universidad Complutense de Madrid, Madrid.
- Smith, A. (1776): *La Riqueza de las Naciones*, múltiples ediciones.
- Toqueville, A. (2002): *La Democracia en América* (2 tomos), Madrid, Alianza.
- Walzer, M. (1984): “Liberalism and the art of separation”, *Political Theory*, 12 (3), pp. 315-330.
- Walzer, M. (1992): “The Civil Society Argument”, en Mouffe, C. (ed) *Dimensions of Radical Democracy: Pluralism, Citizenship, Community*, Londres, Verso, pp. 1-11.
- Young, O. (1999): *Governance in World Affairs*, Nueva York, Cornell University Press.